

Llegó, pues, la hora fatal,
Mandaron á la princesa
Que bajara en faz de presa
A dar cuenta al tribunal.
Lloró, suplicó, rogó,
Resistió... mas todo en vano;
Delante el vulgo villano
A fuerza se presentó.

Y estaba la estancia llena
De vil y soez canalla
Que siempre deleites halla
En la pesadumbre agena.

Se hizo notar con malicia
De aquel juicio lo imparcial,
Pues hasta la sangre real
Se entregaba á la justicia.

Corria voz de que el rey
No hallaba paz ni consuelo
En lance tal; mas su celo,
Por la justicia y la ley,
A su pesar le arrastraba
A no derogarla injusto,
Porque atendiendo á su gusto
La rectitud olvidaba.

Y el vulgo que tal oía
Engañado torpemente
La voz alzaba insolente
Y con descaro aplaudía.

Y oíanse carcajadas
Groseras y dicharachos,
Y chanzas que entre borrachos
Aun fueran mal toleradas.

Que cuando pone sus ojos
La plebe en quien algo vale
Porque con ella se iguale
No escasea los sonrojos.

Y así ni aun para consuelo
En tan injusto quebranto
Para que oculte su llanto
La permitieron un velo.

Descubierta estaba, sí,
Doña Luz y avergonzada,
¡Vergüenza centuplicada
Por ser ella y ser allí!

Su noble hermosura espuesta
Cón vilipendio brutal
Al ojo y lengua carnal
De la turba deshonesto...
¡Ah, corramos mas atentos
Con su memoria nosotros
El velo que osaron otros
Negar á sus sufrimientos!

Corrámosle, que en verdad
Le necesita, y bien doble,
Para oír siendo tan noble
Cual la acusan sin piedad.
Llamado el acusador
Por los jueces, en voz alta

Demandó á doña Luz, falta
De aliento, en este tenor:

—“Yo, noble y paje del rey
“Invoco aquí por tres veces
“Del rey mismo, de sus jueces,
“Y de su pueblo, la ley.

“Y ante ella, á esta dama acuso
“Por mujer torpe y liviana,
“Pues su amor vendió villana...

“Cuyas pruebas no rehuso.
“Y así en su justicia grande
“El Dios sumo á quien apelo,
“Vea lo cierto en el cielo.
“Y si no me lo demande.”

Calló aquí el mal caballero
Y al ver que en la turba inmensa
No hay quien salga á la defensa
Lo dieron por verdadero.

A doña Luz condenaron
A morir en una hoguera,
Si desmentir no pudiera
Lo que allí le demandaron.

Entonces la hermosa dama
Mirándose sin amparo,
Pensó en vender lo mas caro
Las pruebas contra su fama.

E hincando en tierra las dos
Rodillas, con voz doliente
Esclamó: “¡Juro que miente,
Y apelo al juicio de Dios!”

Reinó un silencio solemne
En la atenta muchedumbre;
Y el juez, segun la costumbre,
“Si estaba firme y perenne
“Y confiaba en su causa.”

La preguntó á la princesa,
Cuya voluntad espresa,
Siguióse otra breve pausa.

Tras cuya seria consulta
Fijóse un plazo de un mes
Atenidos á él despues
Todos sin otra resulta.

Admitió el acusador
El combate, si es que había
Caballero que admitía
La lid del mantenedor.

Y tornaron otra vez
Cada cual con su esperanza,
El rey á su ruin venganza,
Doña Luz á su estrechez.

Y pues que nadie nos corre
Y un mes tenemos de espacio,
Dejémosle á él en palacio,
Y á doña Luz en su torre.

LEYENDA SEGUNDA.

LA PRINCESA DOÑA LUZ.

III.

EL CABALLERO.

Si por mi dichosa estrella,
Lector, te place mi historia,
Y hasta el fin quieresses sabella,
Fuerza es que vengas tras ella
A pocas leguas de Coria.

Al cabo no es largo viaje,
Ni habrá postas que pagar,
Ni que hacer grande equipaje,
Y á mas te daré carruaje;
Con que déjate llevar.

Pues te advierto ¡oh! complaciente
Lector (por si aun no lo sabe
Tu altitud), que á la presente
Los poetas somos gente
Muy cortesana y muy grave.

Que en este siglo sin valla
Machucho y conciliador,
Cualquier criticon nos halla
Tan buenos como el mejor
Que hoy anda entre la canalla.

Por cuya razon me atrevo,
Seas lector quien te fueres,
A proponerte de nuevo,
Que me acompañes, si quieresses,
Que á mal lugar no te llevo.

Pues teniendo que tomar
Noticias de un caballero
Noble y valiente á la par,
Creo justo irle primero
Nosotros á visitar.

Así, pues, por concedido,
Yo quedaré agradecido;
Tú sabrás toda mi historia;
Y yo alegre y tú servido,
Aquí paz y despues gloria.

Hay, si no me acuerdo mal,
Cerca ya de Portugal,

De lo mas noble de España
Villa antigua y principal
Que el Tajo revuelto baña.

Yace en su frondosa orilla,
Y al pié de un monte sentada,
La nobilísima villa,
Por las armas de Castilla
Defendida y almenada.

Y hoy, aunque en menos grandeza,
En mas honra y mejor fama
Sustenta bien su nobleza,
Y con altiva fiereza
Aun Alcántara se llama.

Y allá en los años remotos
Por do mi leyenda marcha,
Diz que de sus anchos sotos
Por las zanjas y los cotos
Cubiertos de fria escarcha,

Corria al salir la aurora,
Sobre un potro cordobés
Un noble, con quien mal hora
Dió una cierva corredora,
Pero cansada de piés.

Ibase el buen caballero
Sobre las crines tendido
Recortándola un sendero,
Con un venablo de acero
A matarla apercebido;

Y huía desalentada
La cierva delante de él,
Sintiendo desesperada
La carrera aventajada
Del poderoso corcel.

Y ya olvidado el camino,
Sin ver si pierde ó si avanza,
Seguia huyendo sin tino,
Luchando sin esperanza
Contra su fiero destino,

Cuando á la fin de la Vega
La triste, sin poder mas,
Al agua lanzóse ciega;
Y el hombre, que á tiempo llega,
Lanzóse al agua detras.

Hendia el raudal rugiente
La cierva con fuerza estraña,
Y hendia el potro valiente
La arrebatada corriente
Tras la medrosa alimaña.

Mas ya la infeliz vencida
Del agua al impulso fiero,
Dejóse desfallecida,
Y al cabo rindió la vida
A manos del caballero.

El, viendo en su potro brio,
Asió de ella y remolcôla,
Cuando por medio del rio
Vió que se avanzaba un lio
Arrastrado de ola en ola.

Un tronco acaso creyólo;
Y sin volverlo á mirar,
A la corriente dejólo;
Mas el hidalgo iba solo
Y oia cerca llorar.

Registra la faz inmensa
Del agua maravillado
Y que está soñando piensa;
Nada hay en su tabla estensa,
Y oye llorar á su lado.

Ya la ruin supersticion
Se le empezó á despertar,
Y empezó su corazón
A temer de la ocasion
Algun desdichado azar.

Cuando el descarriado objeto
Que sobre el agua venia,
Se atravesó y quedó quieto,
Entre las bridas sujeto
Del potro que conducia.

Mil pensamientos perdidos
Le trajo el estraño encuentro,
Y mas cuando oyó gemidos
Cóncauos y comprimidos
En su misterioso centro.

No osaba mas que mirarle
Temeroso, y sin aliento
Para asirle ni dejarle,
Dejaba al potro arrastrarle
Sin resolucion ni intento.

Y así á la par remolcados
Y al azar encadenados,
Dieron al par en la yerba
Por el caballo ayudados,
Lio, cazador y cierva.

Y aquí oyendo sin cesar
Los mismos tERNOS gemidos,
Resolvióse el hombre á dar
Con la causa singular
Por quien eran producidos.

Del cuchillo, pues, asío,
Deshizo las ligaduras
Que por encima encontró,
Y cuanto eran reparó
Bien dispuestas y seguras.

Halló en un lienzo embreado
Cuidadosamente atado,
Y por un lado vencido

Con peso al lienzo cosido,
Un cajoncillo cerrado.

Encima de la cubierta
Con primoroso artificio
Y con resortes abierta,
Dejaba al aire un resquicio,
Una pequeña compuerta.

Mas puesta con tal primor,
Que á la compresion menor
Que en sus dos lados obraba
Cerrábase, y recobraba
Despues su forma anterior.

Mas absorto cada vez
De abrirlo con avidez
El caballero, seguia
Cortando con rapidez
Cuantas ligaduras via.

Dió en un resorte por fin;
Saltó la tapa, y un niño
Topó como un serafin,
Mostrando origen no ruin
Sus vestiduras y aliño.

Ricos encajes traia
Y ricas prendas sobre él,
Y en terciopelos yacia,
Aunque así espuesto venia
Sobre tan débil bajel.

Mas al verle lastimero
Gemir de frio y temblar,
Por el semblante severo
Dejó el noble caballero
Una lágrima rodar.

Y mientras en brazos le alzaba,
Y con afan le besaba,
Y con su aliento cansado
A su rostro delicado
Vida y calor procuraba,

En turba alegre y ligera
Bajaban por la ribera
Los cazadores veloces,
Con alaridos y voces
Acorralando una fiera.

Y escapando de sus hierros
El cerdoso jabali,
Cruzaba setos y cerros,
Hombres, caballos y perros
Llevándose tras de sí.

Y con los dientes agudos,
Para escapar mas veloz
Los jarales mas talludos
Y los brezos de mas nudos
Rompia el monstruo feroz.

Y ya los roncós alanos
A sus espaldas sentia
Cada punto mas cercanos
Y un montero en cuyas manos
Tarde ó temprano daria;

Cuando por su buena suerte
Los vió el hidalgo bajar
Y el son de su trompa fuerte
Paró la turba, y la muerte
Dejó su presa escapar.

Lanzóse al agua jadeando

La fiera, y los ojeadores
Los perros atraillando,
Al rio fueron llegando
Detras de los cazadores.

Entonces el caballero
Volvió á su gente y la dijo:
"Volverme á Alcántara quiero,
"Dejad que ese monstruo fiero
"Viva en nombre de mi hijo.

"Y conducidle con tiento
"Que pues su buena fortuna
"Le trajo á mi amparamiento,
"Si tuvo mal nacimiento
"Tendrá al menos buena cuna,
"¡Sus, y á caballo! señores."

Y el caballero montando
Obedecieron callando
Monteros y cazadores.

Era entonces, como ahora,
Harto difícil de hallar
Un caballero, sin tacho,
Llamado en justicia tal.

Y andaba la corte Goda
Tan corrompida en verdad,
Tan licenciosa y tan torpe,
Que no era el mejor lugar
Para hallarle, dado caso
De haber de él necesidad.

Lo que es á mi parecer
Prueba inconcusa y fatal
De que siempre fuimos unos
Punto menos punto mas,
Y esto por mas que se encomien
Las mejoras de la edad.

Pues aunque hay del rey Egica
Quien se empeña en elogiar
La religion y grandeza
Y prendas de animo real,
Yo confieso llanamente
Que por mas que ando tenaz

A caza de sus virtudes
No doy con una jamas.
El trató en honras y vidas,
Y fué magnanimidad
Con casadas y doncellas
Andar siempre liberal.

Casóse con Egilona,
Matrona muy ejemplar,
Pero esigente sin duda
Y malhumorada asaz:
Porque al cabo malamente
La tuvo que repudiar

Por ser muy parienta suya:
Impedimento legal
Encontrado á los dos años
Despues de matrimonioar.

Mas de hombres son los descuidos,
Y en habiendo voluntad
De corregirlos en tiempo
Se deben disimular.

Así que el bueno del rey
Dió en amar la soledad
Y en andar triste y mohino;
Lo que me inclina á pensar
Que dió en hacer penitencia
Penado y contrito ya
De aquel matrimonio infando
Y escandaloso ademas.

Para este tan santo objeto
Y para hacer olvidar
Murmuraciones del vulgo
Insolente y lenguaraz,
Tornóse ciego de amores
Por su sobrina carnal,
Que era la dama mas bella
Con que pudo el pobre dar.

Mas doña Luz espantada
De tamaña fealdad
Dió en resistir sus antojos,
Y su vergüenza fué tal,
Y tal su arrepentimiento,
Que en su profunda humildad
Encerróla en una torre
Suponiéndola un galan.

Mas dejemos nora mala
Tan necio filosofar,
Que no nos toca á nosotros
Tarea tan principal.
Y vamos con nuestra historia,
Aunque por lo dicho atras
Verás, lector, de este mundo
Lo que se puede esperar;

Y en corte tan corrompida
Cuanto es difícil verás
Que halleemos un caballero
Llamado en justicia tal.

Habiale, sin embargo,
Pero harto de la ciudad,
Y de la corte (aunque oriundo
De cuna y sangre real)

Vivia consigo mismo
En apartado lugar,
Con sus perros y sus potros
Sin boato mundanal.
Y por ocupar en algo
Vida tan sin vanidad,

A las fieras de sus bosques
Combatia sin cesar.
No era ni mozo, ni viejo,
Mas de alma y cuerpo cabal;

Justo, afable, comedido,
Recto, severo y veraz.
Usaba luenga la barba
Y bien peinada, lo cual
Daba á su noble figura
Respetable dignidad.

Y pródigo con los pobres,
Con sus amigos leal,
Piadoso sin fingimiento,
Modelo en la sobriedad,
Afable en el corregir,
Carinoso en el tratar,

El primero en el ejemplo

Y en virtud el principal,
Era el ídolo de Alcántara,
Do el rey no podía enviar
Ley que no se consultara
Con su recta voluntad.

Tal era el buen caballero
Que pocos momentos ha
Tras una medrosa cierva
Al Tajo lanzóse audaz.
Y tal que al tierno infante,
Abandonado al azar,
Acogió en su propia casa
Con cariño paternal.

El es quien solo en su cuarto
Cerrado por dentro está,
Sentado frente á una mesa
Con pensativo ademan.

Y grave asunto le debe
A estas horas ocupar
Porque ha tiempo yace inmóvil
Tendido en el espaldar
De un ancho sillón de brazos,
La cabeza echada atrás,
Entrambas manos cruzadas
Y en silencio pertinaz.

Abierto tiene delante
Aquel cajón singular,
Hábilmente preparado,
Que mitad cuna, y mitad
Barco, condujo en su centro
Al desdichado rapaz,
Y vénese sobre la mesa
Derramadas á la par
Monedas y Alhajas de oro
De valor muy especial.
Joyas y esquisitas prendas
Que atestiguándole están
Que al infante las destina
Quien quisiera darle mas.

De unas en otras los ojos
No cesaba de pasar
El caballero, abismado
En honda perplejidad,
Cuando tendiendo una mano
Por movimiento casual
La lleva al cajón y dentro
Con un pergamino dá.

Dice lo escrito en un lado
"Condúzcate Dios en paz,
"Pedazo de mis entrañas,
"Que no has merecido mal.
"Metido desde el nacer
"En aventuras estás.
"La infeliz que aquí te puso
"No fué por su voluntad,
"Llorando queda tu suerte . . .
"¿Cuándo á verte volverá?"

Con cuyas tiernas palabras
Llenas de amor maternal
Se inclinó el buen caballero
Dos lágrimas á enjugar;
Y al volver el pergamino
Halló estas letras detrás:

"Quien tuviere la fortuna
"Tal tesoro de encontrar,
"Guarde secreto y no tema
"Daño por ello jamás.
"Que es este niño olvidado
"Infante de origen tal
"Que puede á quien le sirviere
"Sobre gigantes alzar."

Y aquí volviendo á la caja
El pergamino, leal
Don Godofredo á lo escrito
Tornó el cajón á cerrar,
Diciendo: "Pobre inocente,
"Sin padre no quedarás.
"Y pues tan noble es tu sangre
"Nada de hoy te faltará.
"Niño que sales al mundo
"En los brazos de un azar
"Encomendado á las aguas
"Sin saber á dónde vés;
"Pues á los míos te trajo
"La divina voluntad,
"De cristiano ni de noble
"Nada menos has de echar.
"Tu nacimiento la Iglesia
"Como es justo cantará,
"Hermosas y caballeros
"Te saldrán á acompañar,
"Y ya que callan tu origen
"Por infortunios quizá,
"Tu primer sueño seguro
"Arrullarán á compas
"Las trompas y las campanas
"Con alientos de metal.
"Pues ya que madre te falte,
"Mientras yo viva tendrás
"Un brazo que te defienda
"Y un labio que te de paz."

Y saliendo Godofredo
Sus criados á buscar
Mandó aprontar un banquete
Con regia suntuosidad.
Hizo invitar á los nobles,
Y mandó en la parroquia
Un espléndido bautizo
Al momento preparar;
Repartiendo entre los pobres
Grandemente liberal
Cuanto oro vino en la caja
Para asistir al rapaz.
Le hizo llamar don Pelayo,
Y celebró fiesta tal,
Que no la hubiera tan grande
A ser su hijo en realidad.

Y hablábase todavía
Entre la gente de Alcántara
De esta grandeza estúpida
Que en Godofredo encomiaban;
Cuando despues del bautizo,
Poco mas de una semana,

El gozo del caballero
Mató una noticia infausta.
Estaban á el medio día
Reunidos en la plaza
Los nobles y caballeros
Que con Godofredo tratan,
Dispuestos y apercebidos
Entre una inmensa canalla
De monteros y ojeadores
Para una famosa caza.
Dispúsola Godofredo
Con su pompa acostumbrada,
Y á ver los preparativos
El pueblo se despoblaba.
Al murmullo de la gente
Y al estruendo de las armas,
Muchos caballos relinchan
Y muchos lebreles ladran.
Los que en la villa se quedan
Envidiando á los que marchan,
De no ser de la partida
Se querellan ó se alaban.
Unos la poca destreza
De los ojeadores tachan,
Otros cuentan de los mismos
Lances que en proezas rayan.
Otros hallan de los perros
Algo cortas las amarras,
Y opinan que las traillas
Han de llegar muy cansadas.
Quién habla de un perro negro
Cual si de Alejandro hablara,
Y dice que con él solo
Para una partida basta.
Quién apuesta en contra suya
Por una pareja blanca,
Y quién dice que no hay otros
Mejores en la comarca.
Y mientras, los caballeros
De mas bríos é importancia
Con mucho calor disputan
De correrías pasadas.
Este agotó seis ciervos
El solo en una mañana;
Aquel mató un jabalí
De doce arrobas y largas.
Aquel usa unos venablos
De tres puntas que no faltan
Jamás al tiro, y de un golpe
Con la res mas recia acaban.
Uno dá la preferencia
A una ponderosa lanza,
El otro en vez de puñal
Usa de tajante espada.
Unos gustan á pié firme
Ver la fiera y esperarla,
Otros juzgan mas alegre
Vencerla tras de causada.
Y en tanto que los dichosos
Divierten con tales pláticas
El tiempo que ya impacientes
A don Godofredo aguardan,
Abiertos de par en par

Miradores y ventanas
Se gozan con la presencia
De las mas hermosas damas.
Y aquí se cruzan suspiros
Y allí se truecan palabras,
Allá se quedan con miedo
Y acullá con esperanza.
Reconoce una su lazo
Carmesí, y otra su banda;
Una recuerda un cintillo
Y otra una cifra bordada.
Y el toque del medio día
Empezaron las campanas,
Cuando entró don Godofredo
A caballo por la plaza.
Rompió universal aplauso
Por la gente, y ya se daban
Besamanos á las bellas,
Y se rompía la marcha,
Cuando ágrío son de trompetas
Oyeron á sus espaldas.
Todos los piés se pararon,
Volvieron todos las caras,
Y hubo un punto de silencio
En la turba aglomerada.
Y aun duraba su estrañeza,
Y su atencion aun duraba
Cuando se entró plaza adentro
Con un pregon un rey de armas.
Paróse en medio la turba
Al rey aclamó en voz alta,
Y quedaron las cabezas
Descubiertas y humilladas.
Y luego con voz solemne
Habló con estas palabras:
"La princesa Doña Luz,
"De incontinencia acusada
"Y condenada á la hoguera,
"En nombre de Dios reclama
"Como permiten las leyes
"Un caballero que salga
"Por su honor, si es que hay alguno
"Que admitiere la demanda.
"Un plazo de un mes y un día
"Dió el rey por última gracia,
"Siendo el primero que corre
"El que va de la semana."
Y las frases de costumbre
Añadiendo, dió la espalda
A la multitud absorta
Y volvió á salir de Alcántara.
Quedó en silencio la gente
Que allá en su interior pesaba
La grandeza de un delito
Que á los príncipes alcanza.
Y con los ojos en tierra
Cada cual por sí evitaba
Del valiente Godofredo
Encontrar con las miradas.
Hasta que al fin viendo éste
Que no hay una sola lanza
Dispuesta á hacerse pedazos
En honor de la acusada,

Pidió en voz alta la suya,
Pajes tomó y gente de armas
y dió la vuelta á Toledo
Descolorida la cara.

Pero ningun caballero
Salió tras él, que está clara
La voluntad de su rey,
Pues lo permite y lo manda.

IV.

EL PLAZO.

¡Ay triste de quien llora,
Y en soledad amarga
Los perezosos días
Numera con afán,
Y puede solamente
De su existencia larga
Temer los venideros,
Llorar los que se van!

¡Ay triste del que joven
Y alegre todavía,
Sus horas de ventura
Recuerda con dolor,
Y siente que aun adora
Su ardiente fantasía
La fugitiva sombra
De su perdido amor.

¡Ay de la esposa triste,
Que del esposo lejos
Con tierna voz le llama
Y él á su voz no vá.
¡Ay, sí, de quien no tiene
Ni amigos ni consejos,
Y el plazo de sus días
Determinado está!

¡Ay de la hermosa y noble
Cuanto infeliz princesa,
Que á los pintados vidrios
Sentada sin cesar,
Desesperada aguarda
De incertidumbres presa
La vuelta del que solo
La puede consolar.

En vano sus miradas
Por el camino tiende
Por donde puede acaso
Su rondador venir.
Y en vano nuevas suyas
Dar á su amor pretende,
Si no las pueden ambos
Ni dar ni recibir.

¡Oh Zéfiro ligero
Cuyo murmullo errante

Espira entre las hojas
Del árbol y la flor;
Vosotros que el espacio
Cruzais en un instante,
Llevad al caballero
Las cuitas de su amor!

¡Palomas de los valles,
Que al pié de su ventana
Con vuestro blanco esposo
A reposar venís,
Doleos de la hermosa
Que morirá mañana,
Si al valeroso amante
Su mal no le decís!

¡Espíritus sin cuerpo,
Que en medio las tinieblas
Estremeceis el aura
Con misteriosa voz;
Contadle las que apiña
Desapiadadas nieblas
Sobre su triste vida
La tempestad veloz!

Volad hasta encontrarle,
Decidle quién le espera,
Que rasgue los ijares
De su leal corcel,
Y que se lance al brio
De su veloz carrera.
Mas ¡ay! que será tarde
Cuando llegueis á él.

Mañana no habrá tiempo,
Porque de plebe henchida
Del polvoroso circo
La redondez fatal,
En medio de la arena
Dará la dulce vida
La que desgarró el velo
De la lujuria real.

Mañana espira el plazo:
¡Valientes caballeros,
Mañana es el combate
Y aun falta justador!
Jamás peor parecen
Que limpios los aceros,
Lidiad por la belleza,
Lidiad por el honor!

Mas ¡ay! que habeis nacido
De estirpe cortesana,
Y cortesanos torpes
De corazón servil,
Adorareis cobardes
La imágen soberana,
Aunque los piés os ponga
Sobre la frente vil.

Lo sé: para vosotros
No hay honra ni grandeza

Que iguale á la sonrisa
O la amistad de un rey,
Y pues el rey condena
La dicha y la belleza,
Que espire bajo el peso
De la nefanda ley.

¡Traidores! como viles
Que al fin habeis nacido,
La gloria vuestro nombre
Jamás recordará,
Y el arpa del poeta
Que os deja en el olvido,
Primero que nombraros
Sus cuerdas romperá.

Mas quiero verlas rotas,
Y rota mi garganta,
Que nombres recordando
De gentes sin valor!
Mi voz no está vendida,
Y solamente canta
Los que valientes fueron
Con gloria y con honor.

¡Ay, cuán en vano acechan
De doña Luz los ojos
Allá desde su torre
Por si venir le vé,
Pues de vosotros no halla
Quien calme sus enojos,
Ni quien la dé esperanza,
Ni proteccion la dé!

¡Ay, de la esposa triste
Que del esposo lejos
Con tierna voz le llama
Y él á su voz no vá!
¡Ay, sí, de quien no tiene
Ni amigos ni consejos,
Y el plazo de sus días
Determinado está!

Brilló la fatal aurora,
Limpia, apacible y serena,
Porque las penas del hombre
A los astros no interesan.
Brilló, y donde el plazo acaba
El juicio de Dios empieza,
Si es que Dios toma su parte
Donde hay injusticia y fuerza.
La muchedumbre se lanza
Precipitada en la vega,
Toledo en yermo se torna,
Y el ancho circo se llena.
Así se lanza en el valle
Banda de buitres hambrienta
A cebarse sanguinaria
En la moribunda presa.
¡Qué importa que el condenado
Larga agonía padezca,

Como en nombre de quien vence
La multitud se divierte?
¡Qué importa que quien espire
Sea inocente ó no sea,
Como con pompa concluya
Y en espectáculo muera?
¡Qué importa que los insultos
De mil insolentes lenguas
De oprobios colmen la víctima
Y centupliquen su pena,
Y que ella desesperada
En su venganza consienta,
Y el alma ansiosa de sangre
Miseramente se pierda?
¡Qué importa; si la canalla
Diz que en su ejemplo escarmenta
Y amor cobra á la justicia,
Aunque viene á escarnecerla.
¡Pobres humanos! ¡Imbéciles,
Hijos de la madre tierra,
Cuando ostentais mas poder
Se vé mas vuestra miseria!
Leyes y penas hicisteis
De la virtud en defensa,
Y cada pena tomáis
En vez de escarmiento á fiesta.

Pero si así van de este mundo
Todas las cosas, revueltas,
Van todos adonde estorban
Y lo que les cumple dejan.
Que al cabo no es la canalla
Quien reparte las sentencias,
Y viene á ver cómo cumplen
Los condenados por ellas!
No es ella del fin del hombre
Quien ha de pedirle cuentas,
Y con descaro examina
Quién va sereno ó quién tiembla.
Vulgaridad insolente
E impía además de necia,
Pues quien á morir camina
Por Dios que no representa;
Que no hay en ello mas paso
De sátira ó de comedia,
Que el perdón que él da á una turba
Que está para él sorda y ciega.
¡Acaso en el mundo luego
Doble su memoria queda,
Y unos por traidor le infaman,
Y otros por leal lo aprecian...!
Pero tales son del mundo
Las ridículas quimeras,
Y acaso lo que hoy es culpa
Mañana mérito sea.

El sol se viene arrastrando
Su magnífica lumbrera,
Y ya á gran trecho del cielo
Avanza su luz espléndida.
La escarcha tornasolada
Se desvanece en la yerba,
Y en transparentes vapores